

*A los que entre dolores, rencores y egoismos,
sintiendo arder la noble llama de su conciencia,
fueron sembrando estrellas en tus negros abismos,
fuerza en tu voluntad y en tu espíritu ciencia.*

*Oh, pueblos, sed fraternos bajo una misma gloria,
y a la sangrienta norma que proclaman los hechos,
al negror de los odios, al dolor de la historia,
oponed una acción de justicia y derechos.*

*Para que vindicada la razón de tus actos,
y bañados de gracia tus divinos anhelos,
firméis con la Esperanza indisolubles pactos
y sigáis por la ruta que conduce a tus cielos.*

*Y entonces, nuevos hombres, de remotas distancias,
traerán a vosotros, coadyuvantes empeños,
por lavar en las aguas de la patria sus ansias,
y sacar de la tierra de la patria sus sueños.*

*Y esa oleada de pueblos, fraterna y no invasora,
derramada en los campos, subirá hasta las cimas,
para labrar la tierra y alabar a la aurora,
en una misma zona y cien distintos climas.*

*Y la Patria orgullosa y constelada de almas,
con su honor intocado y su derecho ileso,
se cubrirá la frente de rosas y de palmas,
y el probo corazón de paz y de progreso.*

*Y tendrán en las plazas su debido tributo
los mártires de un día y los héroes de entonces,
para que Dios contemple desde el fondo absoluto
un olimpo sereno de mármoles y bronce.*

*En tanto, Patria, abrévate en el torrente puro
en donde se refrescan los sueños de la Idea,
hasta que un día se alce delante de ti el Futuro,
y, dándoles la mano, diga a los hombres: Sea!*

Estampas

Este aire de año nuevo...

= Colaboración directa =

Hemos venido a recibir el sol de año nuevo junto al mar, que es abrir nuestro torrente circulatorio al aire renovador. Es lo único que puede aspirar a renovar el ciudadano común de un país tradicionalmente quieto, apacible, con cierta predisposición natural a que se le tome como modelo. Las ideas mientras tanto son contenidas con la misma precaución con que se contiene la descarga eléctrica de la nube de tormenta. El aire que el mar impregna de salud es infecundo, inofensivo en el mundo del espíritu y de la mente. Da robustez a los tejidos respiratorios, centuplica los glóbulos rojos del ciudadano común y lo vuelvo cada día más sumiso y conforme. Aspiramos el aire tonificado por el sol de año nuevo y nos sentimos verdaderos ciudadanos, alerta contra la invasión de las ideas. Hacemos votos de fidelidad a esta tradición de sosiego que ya señala nuestra patria con los más finos perfiles de ejemplaridad. Nos hacía falta esta visita al mar. Íbamos perdiendo contacto con la realidad. La ciudad nos recibirá de nuevo en su seno sin anhelos, sin pensamientos, sumisos al ambiente. Seremos fieles a la tradición y si alguien nos pidiera parecer en la formación de un partido político, aconsejaríamos prudencia. Esta virtud es la que lleva a los ciudadanos comunes a la de ganar. Y a la de ganar es a la que todos nos apuntamos. La prudencia extermina los principios, es decir, aleja posibilidades de fracaso. Con prudencia se atraen voluntades, que es a lo que debe aspirar todo movimiento político. Calcular las palabras, aplicarles un sentido antropométrico para que lleguen acariciantes a donde el rico que suministra el dinero, a donde el finquero que da votos, a donde el gamonal que llena de nombres las directivas, a donde el funcionario de jerarquía alta que mueve todos los resortes oficiales. De esta manera el partido va creciendo, atrayendo unidades, ganando la confianza pública. ¿Qué necesidad tiene de asumir la defensa de principios, si las circunstancias están sobre ellos, moldeándolo, dándole volumen? Los princi-

pios son idealidades peligrosas para un país de tradición. Entrañan la necesidad de ir al campo de las ideas y éstas son armas peligrosas.

Además, ¿para qué dar la preferencia a los principios cuando las circunstancias pueden más que aquellos? Y en política hay que estar con lo que tenga poder material, porque no se aspira a renovar nada, sino al cambio de fantoches. Unos hombres se adueñan del gobierno y entonces otros que quieren adueñarse de las clásicas «riendas», estimulados por la facilidad con que se gobierna a un país, constituyen un partido de circunstancias. Por las circunstancias hay que ser prudente en política, sin aventurar juicios, desplegando la vela a todos los vientos que la impulsen al arribo venturoso. Si hay asomos de borrasca no hay partido. ¿Cómo vamos a exponernos al fracaso? A la política no se va a hacer ensayos. O se cuenta con el triunfo seguro, o no hay partido.

Así reflexionamos, estimulados por el aire que ha vuelto ardiente el sol de año nuevo. Fantaseamos un poco, porque nos separamos de nuestra condición mínima de ciudadano común. ¿Quién podrá pedirnos parecer para la formación de un partido político? La tradición del país ha señalado ya los personajes que hacen y deshacen esa masa fofa que es la política. Únicamente nos toca obedecer, enfilarnos a la voz mandona de los políticos de profesión. Y ellos son hombres de circunstancias. No hay quien las conozca mejor. Al ciudadano común le corresponde ponerse a tono con los políticos. Seguirlos en sus idas y venidas, pararse en las esquinas en donde ellos resuelven los problemas de la política, consultarlos, maravillarse de sus habilidades. Le toca combatir a los fantaseadores, a los que imaginan que se puede hacer política sin haber antes trajinado mucho en decenas de campañas. Esos fantaseadores tienen que volver a la realidad, es decir, ser hombres de circunstancias. Las circunstancias son omnipo-

tentes y si en determinado momento dicen ellas que no conviene ponerse mal con la compañía extranjera que explota este o aquel monopolio monstruoso, el deber es obedecerlas y coquetear con la monstruosidad. Por eso los principios son la mortaja de los partidos políticos. Alzar la bandera del antilatifundismo, del antimonopolismo en la forma que sea, es despertar la cólera de grandes intereses que dan en la sepultura con cualquier partido político. Y como un partido se apunta a la de ganar, el tacto político consiste en sumar todos esos intereses, en dejarlos tranquilos para que no frustren las esperanzas en la victoria. Las circunstancias dan hoy un tono a la lucha y mañana otro, pero al final el tinte que predomina es el del triunfo. Los principios imprimen desde el comienzo un ritmo y una coloración. El partido que los infunde hace ciudadanos austeros, incapaces de mentir, que hablan de renovar los métodos de gobierno con cierto fervor religioso. Pero en política no convienen ciudadanos de austeridad. La zalamería que miente, que abraza, que se emborracha, que denigra, es lo que da fortaleza a un partido.

Qué reconfortante el aire salado lleno de fuego por el sol de año nuevo! Limpia de idealidades, hace hombres prácticos, que son los que infunden prosperidad a una nación. ¿Por qué no vendrán a aspirarlo los que todavía sueñan (sueñan nada más) con renovar la política del país? Todos sus sueños inofensivos, enclenques porque sólo tienen confianza dentro de las paredes de una oficina, se irían sopladados por estos vientos marinos. Volverían al seno de la sociedad hechos hombres prácticos, al servicio de la política y de los políticos. Dejarían de recostarse a los principios y buscarían la sombra de las todo poderosas circunstancias. A nosotros nos ha hecho el gran bien este aire de año nuevo de volvernos cuerdos. ¿Mantendremos esta cordura? Abandonaremos la compañía del Dean Swift, de Gracián, de Plutarco, compañía que nos vuelve inconformes con el ambiente? Aspiramos mucho aire marino de año nuevo, tratamos de almacenarlo para prosperar y ayudar a prosperar.

Juan del Camino

Limón, enero del 31.